

nosotros, como la luz, y cualquiera dice: «Sí, esto es, esto es lo que yo pienso y lo que siento; pero ¿quién lo espresa? solamente el genio.» Cuando admiramos la obra del genio, no vemos ninguna dificultad, ningún artificio; las dificultades están completamente escondidas.

Cuanto más las obras artísticas se apartan de la perfección, aparecen menos sencillas y menos frescas; van siendo más pomposas, más eruditas, van pareciendo más difíciles. Ante las obras de una medianía nadie se conmueve, pero nadie exclama: «Qué fácil es esto»; al contrario, todo el mundo dice: «Cuánto se necesita saber para hacer esto! ¡cuántas dificultades encierra!»

La verdadera poesía interesa y no cansa; la inspiración que contiene, la conserva á despecho de las edades, como ciertas preciosas sustancias conservan los cadáveres, á despecho de la acción de la muerte. La verdadera poesía es una estrella fija, que brilla constantemente y por sí sola; la falsa poesía es la luz de una lámpara, que necesita aceite y que al fin se apaga. Tal vez la luz de la lámpara, por un momento irradiada, dé estensos chispazos, parezca más viva que la luz de la estrella fija; pero—lo repito—esto sucede por un momento; la lámpara se extingue, y la estrella fija queda con su resplandor tranquilo y dulce y perpetuamente bello. Esta es otra de las consideraciones que han de tener en cuenta los que se dejan alucinar por ciertas pomposas galas y no hacen caso del verdadero mérito. Asombrar por un momento no es muy difícil, como no le es difícil al mercader presentar adornos llenos de falsas joyas y de bruñido latón; lo difícil es dejar una estela eterna y muy serenamente bella. Las piedras falsas se oscurecen y se gastan y el latón se torna verde y negro.

Se escriben muchas poesías que hablan, pero no dicen; es preciso que digan mucho y hablen poco. No bastan odas académicas, no bastan largas elegías, idilios en que no hay ninguna regla echada en olvido; es preciso saber hacer poesías; no basta no tener defectos, es preciso encerrar bellezas.

¿Enumeraremos todos los obstáculos con que han de luchar los poetas para acercarse á la perfección? no es necesario; citemos solo el convencionalismo, móstruo de las siete cabezas, no derribado todavía. Combatámosle ardientemente, y cuando le hayamos destruido habremos dado un gran paso hácia el ideal, tal vez el más importante. Esas frases estudiadas, esos giros retóricos, esa música, no sirven más que para estorbo. Revelar el grito que brota de lo profundo de nuestro ser, dar espresión á los deseos, á la voz secreta de la naturaleza humana, es componer la gran música, la excelsa armonía, la eterna rima. Es preciso que

los poetas se convenzan de que la poesía es la sencillez, el sentimiento, la verdad sobre todo.

EL DOCTOR PÉSIMO.

EL HEREDERO DEL REY

UN rey muy bueno y muy amado por sus súbditos tenía tres hijos; era viejo y sentía demasiado el peso de la corona, que le obligaba á andar más encorvado de lo que le hubieran puesto los años por sí solos. Un día el Rey reunió á sus tres hijos y les dijo:

—«Se acerca la hora en que he de dejar la corona y el cetro á otro que lo lleve mejor que yo; pero ¿quien será mi sucesor? los tres son dignos de serlo, á los tres amo igualmente, y las leyes de este país no señalan á ninguno de los tres, sino que dejan al rey padre en libertad de elegir entre sus hijos. Me encuentro en continua vacilación; no sé á quien de vosotros elegir, y por otra parte, no puedo evadirme del cumplimiento de la ley. Si yo tuviese tres coronas daría una á cada uno de los tres, pero no hay más que una corona, y uno de vosotros ha de heredarla. Por lo tanto he determinado nombrar rey al que dentro de cinco años vuelva más sabio.»

Los tres hijos encontraron muy justa la resolución de su padre, y se dispusieron á partir. Por la mañana del siguiente día, cada uno de ellos, acompañado de pajes, salió del palacio, y marchó tomando distinta dirección.

¡Cuántos países visitaron! ¡á cuántos hombres conocieron! ¡cuánto estudiaron! En todas partes eran bien recibidos; los tres tenían superior inteligencia, corazón sano y apostura gallarda, y eran hijos de uno de los más poderosos reyes de la tierra. El buen rey, entre tanto, esperaba con ansia á sus hijos, y se asomaba á la ventana, para verles llegar. A veces nubes de polvo se levantaban en el horizonte y se acercaban al palacio. «¡Es el polvo que levanta los caballos en que vienen mis hijos!» exclamaba el noble anciano; pero después de pocos instantes, se convencía de que su alegría había sido ilusoria. Sus hijos no llegaban aún.

Y pasaron dos años, tres, cuatro, y un día ántes de pasar cinco, llegó al palacio uno de los hijos del rey. Ya podeis figuraros que hubo muchas fiestas é iluminaciones. Todos los pajes y caballeros rodeaban al recién-llegado, todos le molestaban á preguntas. El anciano padre le abrazó con efusión y le cubrió de lágrimas la cabeza. ¡Se adoraban tanto! ¡habían pasado tantos años sin verse!

El rey contemplaba con orgullo á su hijo, que

en la viveza de sus ojos, en las prematuras arrugas de su frente y en algunas canas que le coronaban, mostraba haber pensado y meditado mucho.

—Dí, hijo mío; ¿qué sabes? ¿qué conocimientos has adquirido?

El hijo habló de artes y de ciencias, examinó los secretos de la astronomía, explicó con la claridad de la luz las leyes físicas, el desarrollo de las plantas, la aplicación de las sustancias, contó la historia de los pueblos más antiguos, las batallas de los semi-dioses y de los atletas, las soberbias y afeminadas costumbres de los babilonios, el arrojo y la fuerza de los espartanos, la raza de los reyes que acabó en Tarquino, la república que fué dueña del mundo, y el imperio que cayó bajo las garras de los bárbaros; recitó los más hermosos versos de Homero; y los más gráficos pasajes de Sófocles y Eurípides; cantó las armoniosas estrofas de Tirteo; explicó la perigrinación fantástica de Dante y de Virgilio.... en fin, repasó todos los conocimientos humanos.

Al terminar, el rey exclamó:

—Hijo mío, eres un verdadero sabio, y no creo que tus hermanos te aventajen. Es imposible adquirir más ciencia de la que tienes, y me envano al pensar que si eres rey, mi pueblo será de los pueblos más dichosos del mundo.

En el día siguiente llegó otro hijo, y sucedió lo mismo que en el día anterior. Abrazos, lágrimas, y luego el recién-llegado dió á conocer su caudal de sabiduría. Al terminar, el rey exclamó.

—Hijo mío, al escuchar á tu hermano, me parecía imposible que otro hombre pudiese aventajarle en conocimientos; pero ahora, me convengo de que tú eres más sabio que él.

El mismo hermano suyo, le dijo:

—Me has vencido; reconozco tu superioridad.

Los cortesanos le felicitaban y empezaban á adularle, creyendo que él sería rey; porque entonces los cortesanos ya eran tan aduladores como ahora. El joven se dejaba halagar y ya le parecía sentir en su cabeza el peso de la corona, que, por más que se diga en contra, ¡es un peso tan agradable! ¿Quién no desea el poder? ¿á quién no deslumbra? El hombre, en todas sus manifestaciones, en todas sus ideas, tiende á ser señor, á engrandecerse, á representar, á mandar. Se llama rey de la creación; en cualquier carrera, estado ó condición, quiere ascender en gerarquía y grado; sacerdote, aspira á ser obispo; militar aspira á ser general; juez, aspira á ser magistrado; hombre sencillamente, aspira á ser padre, jefe de familia; siempre adelante, siempre hacia el primer lugar; hasta cuando se representa á Dios, lo pintan en figura de hombre.

En el tercer día llegó el hermano que faltaba.

El rey y los caballeros le esperaban con ansiedad, y fueron á recibirle lejos del palacio.

—Tú has sido el último, le dijo el rey.

—Y bien! ¿qué importa, si llego? contestó el joven.

—¿No vienes ansioso por merecer la corona? Hoy mismo quiero hacer la elección.

—¡La corona? ¿es acaso una felicidad ser rey? ¿la corona libra al hombre de la pena? Mis hermanos os habrán hablado de ciencias, artes, historia y política; yo de nada de eso os hablaré, porque lo único que he aprendido es á conocer la vanidad del mundo y á dominar mis pasiones. No quiero ser rey.

El rey, los dos hermanos y los caballeros quedaron admirados, y después de un rato de silencio, el venerable anciano dijo, dirigiéndose al hijo que había llegado últimamente:

—Tú eres el más sabio: tu eres el rey.

Y se celebraron grandes fiestas, y la gente estuvo contenta de su gobernante, y aquel reinado fué uno de los más felices que ha habido y puede haber sobre la tierra.

X.

NOTAS É IMPRESIONES

Se puede empezar cualquier trabajo, por penoso que sea, solo por el placer de terminarlo.

Quando empezamos el día todos deseamos llegar á la noche; cuando empezamos la noche, todos deseamos llegar al día; en invierno esperamos con ansia el verano, en verano el otoño, y en otoño, el invierno; á penas se nos indica la causa, buscamos el efecto, y el fin es el objeto principal, el único objeto de la vida.

Se nos dirá: «Pues si tanto deseais terminar algo, no lo empeceis y el fin habrá llegado mas pronto.» No, no, hemos de empezar algo, sentimos ansia por empezarlo, pero al mismo tiempo quisiéramos verlo terminado.

El principio! el fin! ¿en donde está el principio? en donde el fin? ¿hay principio y fin ó no hay mas que un círculo?

La última piedra en un monumento, la última línea en una obra, la última pincelada en un cuadro, representan en verdad para sus autores respectivos, emociones sublimes, fruiciones celestes.

NOMEN.